

tarde es asesinado junto a trece compañeros en el traslado de una cárcel a otra. Todos los dirigentes de la Guardia de Hierro son encarcelados o muertos. Algunos miembros de esta organización matan en septiembre de 1939 al primer ministro Armand Calinescu. En represalia, el rey manda asesinar en las cárceles a unos centenares de dirigentes de esta organización y a miembros de la misma cuyos cadáveres son expuestos en las plazas públicas. Casi inexistente en este período, el partido comunista no sufre persecución alguna. Algunos simpatizantes suyos, como el sociólogo Mihail Ralea, son ministros en el Gobierno de Carol. Mientras tanto la situación internacional se complica. Carol navega entre las alianzas con las democracias occidentales y los intentos desesperados por conquistar las simpatías de Hitler a quien visita en Berchtesgaden en noviembre de 1938. Buena parte del petróleo rumano va a Alemania. El pacto germano-ruso de agosto de 1939 viene a complicar todavía más las cosas. En los acuerdos Hitler-Stalin se prevé ya la cesión de la Besarabia rumana a los rusos. Estos la ocuparán en junio de 1940, agregándose por cuenta propia, sin protesta alguna de Hitler que ya tenía *in mente* la guerra contra la URSS, la Bucovina rumana del norte y el territorio de Hertza.

Pero la catástrofe rumana preparada en gran parte por la dictadura de Carol no termina aquí. En el verano de 1940 el *Diktat* germano-italiano de Viena concede a Hungría una cuña notable en el territorio rumano de Transilvania. Para integrar en Hungría a la minoría húngara del centro de Transilvania, gran parte de un territorio poblado por rumanos es cedida también. Los acuerdos de Craiova ceden a Bulgaria la región del Cuadrilátero, al sur de la Dobružia, entre el Danubio y el Mar Negro.

Carol cae él mismo en septiembre de 1940, abdicando a favor de su hijo Miguel. El poder real lo asume el general Antonescu, con el título de *Conducator* en colaboración con lo que quedara de la Guardia de Hierro. Se inicia una estrecha colaboración con Alemania. En enero de 1941 Antonescu, con el consentimiento de Hitler, elimina a la Guardia de Hierro del Gobierno y en junio del mismo año entra en guerra contra Rusia al lado del Eje. La oposición democrática rumana encabezada por los jefes del partido liberal y el partido campesino, Bratiano y Maniu, piden a Antonescu que las tropas rumanas se detengan una vez conquistada Besarabia y Bucovina del Norte. Cosa de todo punto imposible en aquellas circunstancias, de modo que Rumania sigue en guerra hasta agosto de 1944, cuando, con los rusos avanzando hacia el corazón del país, el rey Miguel y los reconstituidos partidos políticos «históricos» (liberal, campesino, socialdemócrata y —agregado por la fuerza de los acontecimientos— un partido comunista constituido por poco más de mil militantes), firman un armisticio con los rusos y las potencias aliadas. Los rusos y sus colaboradores improvisados se instalan en Rumania. Son años terribles. Antonescu y sus principales colaboradores son presos, procesados, condenados y ejecutados. Es curioso señalar que en su acción de los últimos años, de recuperación de la «herencia» (mostenirea), Ceausescu ha proporcionado a un amigo suyo en Italia para publicar una importante documentación de los archivos del Estado rumano, que tiene como fin reivindicar la figura de Antonescu como héroe nacional sacrificado por los rusos. Tres volúmenes de gran amplitud integran hasta la fecha este libro titulado: *Mariscal Antonescu*. ¿Qué ha podido determinar a Ceausescu a ayudar y estimular —de otra forma no se explica la entrega de importante documentación de los archivos secretos— la publica-

ción de una obra de esta naturaleza? ¿Sus tensiones con Moscú? ¿Su deseo de independencia? ¿Su tendencia paranoica a identificarse con toda la historia rumana que habría de culminar en su persona y en su obra?

Los gobiernos de la transición —1945-1947— y el rey Miguel no pueden detener la voluntad rusa de someter a Rumania a un partido comunista improvisado en sus filas inexistentes. Debido a esta situación específica una realidad singular y paradójica será la realidad rumana en los últimos cuarenta años. Nunca hubo allí comunistas fieles a un ideal social. El nacionalismo rumano, el ser el comunismo la imagen de una Rusia siempre amenazante de la existencia del pueblo rumano, hizo imposible un partido comunista en Rumania. Fue precisamente un «a posteriori», de Ceausescu mismo quien lo inventara y se reinventara a sí mismo y a su mujer «héroes socialistas» a los quince años. Toda una historia inventada *à rebours*. Proyectada hacia atrás desde una actualidad desoladora y sin esperanza. Pero recojamos el discurso desde mediados de los años cuarenta. Hambre, desolación y muerte. En vano el rey Miguel y los efímeramente resucitados partidos políticos intentan poner freno a los desmanes. En las elecciones de 1947, los partidos democráticos obtienen el 80% de los votos. Vishinsky amenaza en Bucarest, los mariscales rusos amenazan, el escaso grupo de comunistas llegados en los tanques rusos buscan instrumentos de la vieja política que utilizan para anular toda oposición. Uno de estos instrumentos es Petru Groza, elegido presidente de una República Popular rumana al abdicar bajo amenaza directa el rey en diciembre de 1947. Durante el período de la transición, a saber entre 1945 y 1948, la escoria social rumana se precipita a engrosar las filas de un partido comunista en artificial gestación. Esta artificial gestación crearía, ya para siempre, como decíamos, una situación singular y paradójica para el llamado comunismo rumano. Esto hará imposible una disidencia interior. Faltan, con la excepción sola de Lucrecio Patrascanu, intelectual comunista entre pocos, procesos de «purgas» interiores en Rumania, a semejanza, a partir de la rebelión de Tito en Yugoslavia, del proceso Rajk en Hungría, el proceso Slansky en Checoslovaquia y algo más tarde la persecución de Gomulka en Polonia. Ni en esta primera etapa, ni después, ni a la muerte de Dej, ni a lo largo del imperio de Ceausescu, jamás hubo prácticamente rebeldes comunistas, renovadores o idealistas en Rumania. La falta absoluta de un comunismo histórico hizo imposible la aparición de una disidencia interior, la única posible en otros países del Este satelizado.

Algunos elementos de la vieja clase política rumana, alguno de segunda fila como Groza, que nunca formó parte oficialmente del partido comunista, pero fue impuesto por Stalin consciente de la debilidad del «partido» en Rumania, o el antiguo Primer Ministro liberal Tatarescu, el profesor Ralea, Iorgu Iordan, filólogo romanista de renombre, antiguo presidente del Frente Antifascista Rumano, un escaso número de intelectuales de segunda fila con la excepción del novelista Mihai Sadoveanu, presidente de la Asamblea Nacional en los años cincuenta, crearon un conglomerado exterior para que los servicios rusos montaran sus propios instrumentos de acción y gobierno en Rumania. Fue también Stalin personalmente el que decidió la jefatura del partido en los años 1951-1952. Dos grupos se habían formado una vez liquidada por completo la oposición democrática. De un lado el viejo comunista rumano, el ferroviario Jorge Gheorghiu Dej, encarcelado desde 1934

hasta 1944. De otro los hebreos Ana Pauker, famosa por su virulencia y fidelidad a Stalin (durante las «purgas» de Moscú denuncia a su propio marido que es fusilado y en Moscú tiene un hijo natural de su unión con Maurice Thorez), Vasile Lukács y Kishinevsky. Los cuatro son convocados en Moscú por Stalin a principios de los años cincuenta, quien declara: «El partido es muy débil en vuestro país y los instintos nacionales muy fuertes. No conviene que la dirección pertenezca al grupo hebreo. El jefe será el rumano Dej». Esto hará que en torno a Dej flote un cierto aura de nacionalismo, hecho que no le impedirá ejecutar al «nacionalista» Patrascanu, comunista de vieja data y beneficiario de cierta simpatía por su actitud crítica contra la ocupación cruel y despiadada, destructora de todo el patrimonio material y moral rumano, tres años después de la muerte de Stalin, cuando Kruschev ya había iniciado cierta desestalinización en Rusia y en Polonia vuelve el «nacionalista» Gomulka.

Tres etapas presenta el proceso de sovietización-estalinización y, en suma, comunistización de Rumania. Una etapa que corre desde 1948 hasta 1956, a raíz del discurso de Kruschev denunciando en parte los crímenes de Stalin. Una etapa que va desde esta fecha hasta la muerte de Dej y la llegada de Ceausescu. Esta segunda etapa tiene un pequeño respiro entre 1956 y 1959. En esta última fecha, Dej desencadena una nueva ola de terror y detenciones en masa de supervivientes, enviados al Canal del Danubio y a las cárceles que habían llenado de espanto a todo el pueblo en la etapa anterior. Todo se suaviza a partir de dos años antes de la muerte de Dej, que deja atrás otras dos conquistas además de una amplia evacuación de las cárceles: el abandono de las tropas rusas de ocupación. Además convence a Kruschev para que renuncie a su plan de convertir a Rumania en un nuevo Plan Morgenthau (país dedicado exclusivamente a la agricultura en el contexto de los países del Pacto de Varsovia) y lanzar a Rumania a un proceso de rápida y en parte precipitada y costosisima industrialización. La tercera etapa pertenece al reino y los reinos de Ceausescu. Esta tercera etapa tiene a su vez dos períodos bien distintos. El período que llamábamos con breve metáfora histórica el *quinquennium Neronis*, con reales repercusiones en la sensibilidad nacional, la creación cultural y en buena parte en la economía. Y el largo y triste período en el cual Ceausescu y su clan dominan, pero su prestigio internacional es creciente. De Gaulle y Nixon lo visitan en olor de multitudes. El matrimonio Ceausescu se pasea por el mundo, honrados por todos, desde la reina de Inglaterra, hasta los estadistas de Francia y Alemania, el presidente Carter, Mao y Chu En Lai. América le brinda la cláusula de la nación favorecida. Él recibe las mayores condecoraciones del mundo. Su esposa es nombrada académica de todas las instituciones de prestigio y *doctor honoris causa* en un sin fin de universidades. Como los personajes de Pirandello, es normal que durante años rodeados de la marea de entusiasmo con que les exalta un pueblo empujado a gritar —hambriento al límite y temblando del frío más infernal— alabanzas a esta pareja de cómicos demenciales y durante años acogidos por los poderosos de la tierra, ante el tribunal que dictaría la sentencia final, ya consumado el holocausto del pueblo rumano, la pareja reaccionara consternada. Él: «No reconozco este tribunal. Quiero comparecer ante la Asamblea» (Esta Asamblea le había ovacionado hasta cincuenta veces un mes antes y le había reelegido por unanimidad). «El pueblo está conmigo. Sólo un puñado de traidores están contra mí»: Ella: «¿Cómo podéis